

Soñarse en un campo minado

Carlos Eduardo Omar Serrano

“Este ensayo, para no entrar en discursos agoreros ni en disciplinas escatológicas y rígidas, tomará la vía que no tomó “Villadiego”, aquel que se escapó de ufano y, detrás de algunas columnas desmadejará un fajo con mis opiniones subjetivas, claro está, sobre este libro: “La Culebra pico de oro” y su autor Mario Acevedo Díaz. Y para decir verdad, hablaré mas sobre los acontecimientos y hechos que son motivos del libro que del libro mismo. El cual me servirá de cámara indiscreta u orto del éter”.



Náufrago en las rocas del Danubio azul, con la madre tocando el piano en el salón principal empapelado del hogar paterno; enciclopédico, cíclope, de mirada torcida pero clara que desparrama como flores sobre las primas quinceañeras en los bailes organizados por las señoras; y los señores mayores en las casas de citas, porque no hay godo que se respete que no tenga moza ni liberal digno que no vaya a misa; este hombre del cuento que hoy se pasea por los pasillos de la iglesia de San Laureano acompañando de un revólver, viejo, Smith & Wesson , que compró a un anticuario, ve llorar la desgracia de una ciudad que ha sido cuna de un asesinato silencioso y cruel, más, cuando se ha cometido en un acto clerical. Pero su razón dice por otro lado perdonar todo si se pueden

reconstruir los hechos, pues el científico gana en él la batalla.

Ahora bástale salir al atrio de la iglesia en mención para presentir a uno de los hermanos Bretón saberse sin manos en el cadalso de la municipalidad, con la sogá al cuello, mientras el otro, después de haber matado entre ambos al cura Eloy Valenzuela en su capilla y ofertorio, y ser cogidos presos en el día, reposa bajo la mirada de las palomas de san Laureano -su cabeza en una vara- testa de Higinio Bretón confeso y fusilado en la plaza de Bucaramanga, para escarmiento de todos los malvados.

Una historia de la literatura de Bucaramanga es difícil encontrarla más allá de las ramplonas cucarachas de corto vuelo, y sería infructuosa su búsqueda si cogiéramos río arriba en el tiempo en un bajel. Río arriba en el Magdalena florido. En bajel de juncos, con prostitutas de orilla, encima de las tablas de madera, y hombres negros y fornidos colgados de las ramas falsas de las plataneras sobre esta plataforma de buque fantasma donde cantarían letras lastimeras alondras muertas y rencorosas.

Este ensayo, para no entrar en discursos agoreros ni en disciplinas escatológicas y rígidas, tomará la vía que no tomó “Villadiego”, aquel que se escapó de ufano y, detrás de algunas columnas desmadejará un fajo con mis opiniones subjetivas, claro está, sobre este libro: “La Culebra pico de oro” y su autor Mario Acevedo

Díaz. Y para decir verdad, hablaré mas sobre los acontecimientos y hechos que son motivos del libro que del libro mismo. El cual me servirá de cámara indiscreta u orto del éter.

“Los Pico de Oro” fueron unos borrachines de chicha y pescuezo enjuto puestos en el poder por el voto popular. Amparados en el odio mutuo profesado a sus futuros carceleros, los del comercio, en política, revolcaron el pleno final del siglo XVIII de su próstata sanguinolenta con sus teorías económicas y sociales. Un pueblo inflamado por la bilis y el odio.



Serrano Blanco que estudió el periodo y los sucesos que nos convocan, líder de los que creían que enjuiciar los hechos sin definir los acontecimientos como buenos o malos, era cambiar el tercio y buscar la manera del juicio o el dictamen jurídico no pasional, consideró que era propicio esperar a otro siglo, no aquel de odios de clase y maledicencia, para que la verdad retornara al fanal de la luz desde el cesto de los trapos sucios. Pero el río de la historia nunca ha sido ducho en menesteres de lavandería y los sucesos de los días 7 y 8 de septiembre de 1879 de la ciudad de Bucaramanga, siguen, si no en la impunidad absoluta si en el desconocimiento jurídico impudoroso. Al acabar aquel bombardeo social de plomo promiscuo y lanza rastrera que enlutó la ciudad de Bucaramanga

durante los hechos de septiembre, algunos meses después, en la ciudad de San Gil, ciudad episcopal y episcopal, se llevó a cabo el juicio retrechero contra los presuntos autores de tan sonada hecatombe acusándoles hasta del juicio final, juicio este a todas luces tropelero, pues en él se juzgaba no unos hechos sino a unos hombres presuntos culpables de los asesinatos, o sea, al atropellado pueblo que por reclamar sus derechos de legítima defensa y defender el estado de derecho en su jurisdicción, se le consideró por parte del tribunal y la sociedad misma, como una burda infame de perros en jauría, repulsiva y de analfabetos que asestaran un duro golpe contra los señores del comercio, los dueños del poder. Pero se les olvido a los señores del juzgado, que a ninguna autoridad del mundo le está permitido -por mandato constitucional, ni ahora ni nunca- desactivar la palabra escrita en la ley, y tiene que juzgar como considere conveniente ateniéndose a los códigos los hechos delincuenciales ocurridos dentro del seno de la sociedad. La autoridad está para hacer cumplir las órdenes superiores emanadas de un estado de derecho. Más cuando en este caso tratase de causa justa: la persecución -en caliente- de un asesino que como J. M. Valenzuela huye a refugiarse en su casa de habitación y recibe a la autoridad a plomo junto con sus amigos y vecinos. Así sea potentado, como lo era él que, en el sepelio del coronel Obdulio Estévez en la iglesia de San Laureano, sacó su arma y dio muerte alevosa de un balazo letal a un adicto de la Culebra pico de oro: Cecilio Sánchez ¡Cecilio! ¡Cecilio! ¡Presente! (en el ramillete de los ángeles infecundos y estériles).

Cecilio había nacido en cuna humilde. Sencillo funcionario público, como todos los de su clase, para la época, en lugar de corbata con que se acostumbra hoy ir al lugar de trabajo, llegaba en ruana y alpargatas. Valenzuela, ni corto ni perezoso, se favoreció del rincón oscuro que deja esta prenda de vestir cuando se le dobla sobre el pecho del poseedor, para atestiguar ante el juez que el funcionario en mención, Sánchez, traía un arma (como lanza, según los papeles de la acusación...) con la cual -pensó él, pretendía cruzarlo en plena iglesia, de lado a lado.

Lo interesante del asunto es observar como cada civilización y persona acomete los hechos de una historia del mundo sin poder deshacerse de una mirada no casual, particular, aunque quiera asumir fríamente la investigación. Acevedo Díaz, en su libro, arremete lanza en ristre contra la Culebra pico de oro desde la óptica de su lente. Este lente es un monóculo conservador cargado de prosapias, linajes y heredades, que no

es que no le permita ver más allá de un cierto punto, si no que, le amplía el horizonte con sus jugos gástricos de catalejo vítreo encasquillado en una cierta categoría social y cultural. Y posiblemente lo visto por Acevedo Díaz se parece más a una defensa de sí mismo y su consorte social, que la margen del otro lado del abismo (los hechos) que se debilitan en la majestad de la narración. Está reconocido por ley oculta que la objetividad como tal es un concepto abstracto y relativo incluso en el hecho jurídico y procesal.

La vida hogareña del escritor Mario Acevedo Díaz transcurrió entre la placidez de una cuna noble y la ambrosía del salero de su propia estirpe. Hijo de una distinguida matrona, doña Isidora Díaz de Acevedo y de un advenedizo social y económico, el general Acevedo que llegó a Zapatoca durante la guerra; cuando su joven madre casó con el general, era la heredera única de un rico hacendado de Zapatoca. Provenía, doña Isadora del hogar de doña Zoila Acevedo Gómez: hermana del sacerdote Claudio Acevedo Gómez y de doña Filomena Acevedo Gómez (que es mi bisabuela). Doña Zoila había contraído nupcias con el rico comerciante Telmo J. Díaz, hombre altruista como ninguno y en feliz matrimonio no tuvieron más hijos que la niña en mención, madre luego de Mario y de otros hombres y mujeres más de prestancia. En estas circunstancias el hogar daba muestras de tener las más excelsas virtudes educativas y buenas costumbres. Los hijos e hijas del general Acevedo y doña Isidora, Mario y sus hermanos, crecieron en la exuberancia de una muy buena educación y buen estar. Baste decir - para tener claridad al respecto- que uno de ellos, Alfonso, llegó a ser un gran poeta colombiano -muerto a temprana edad en Berlín, Alemania, víctima de una enfermedad- y otro, Julio Martín, gobernador del departamento.

Los biógrafos de la familia Acevedo Díaz han concordado en que esta familia tenía todas las virtudes posibles y no solo porque la biografía haya sido casi que encomendada sino que así lo era. Muerto en general Acevedo, las posesiones patrimoniales, que eran muchas, pasan a manos de su sabia esposa e hijos; y la matrona, dueña de sabia prudencia, acrecienta la fortuna familiar.

En manos de sus vástagos creció la heredad diversificándose a punto que, entre sus haberes, se encontraban haciendas muy rentables en la Mesa de los Santos y otros lares, e inmuebles de alto valor en el casco urbano de la ciudad de Bucaramanga. Y fue tal la prosperidad de la que siguió disfrutando la familia a la llegada a esta capital que en círculos culturales, políticos y económicos muy bien recibida, hizo carrera.

Ahora bien. Bajo esta perspectiva y con el ánimo de esclarecer ciertos lugares comunes que toman los narradores de las historias contadas y los juicios que emiten sobre los hechos, es apenas comprensible que el autor de “La Culebra de pico de oro” que narra y juzga la refriega de clases sucedida en la ciudad los días 7 y 8 de septiembre de 1879 entre artesanos y propietarios o comerciantes, por más que quiera y desee tener la cabeza fría para alcanzar y examinar el problema, la cercanía de estos hechos en el tiempo y su incuestionable pertenencia social le hacen tomar partido. Pero esto no es una novedad. Otros se han visto vencidos al igual en posiciones análogas, pues es difícil distanciarse de sucesos pasados que aun tocan fibras sin curar.

La madre de nuestro autor, escribió un bello libelo en el que exponía, en apariencia, ideas costumbristas llenas de encanto lugareño y retozos de paisaje. Pero al final del texto da un salto feroz y hasta cándido, y trata circunstancias políticas nacionales; en especial el tema del desencadenamiento de la contienda liberal y conservadora, en sus años mozos, cuando el país vivía una más de las pesadillas guerreras de las tantas a las que ha sucumbido. Y la madre era una conservadora apasionada y lírica.

Lo que ofusca a Acevedo Díaz en “La Culebra pico de oro” es la muerte de los comerciantes alemanes ocurrida en hechos posteriores a los de la iglesia de San Laureano cuando la autoridad legítimamente constituida y competente persigue a los responsables de la muerte de Cecilio Sánchez: Valenzuela y sus amigos alemanes y los del comercio, que quieren protegerlo. Para ese entonces la autoridad en manos de los artesanos, le dio por aventarse sobre las casas de habitación del homicida en señal de legitimidad constitucional que es como debe actuar toda autoridad en un caso de hecho delincencial manifiesto o alteración del orden público, sea que esta alteración o delito provengan del pueblo raso o de la alta aristocracia. Buscaba, esta autoridad, la aprensión del delincuente, para encarcelarlo, y fue recibida a plomo desde las ventanas de las casas de los extranjeros, y entonces, el pueblo, iracundo ante estos hechos injustos, se unió a la autoridad que lo representaba y respondió agresión con agresión y despojo con despojo. Para la ciudad fue un suceso nefasto. Para el artesanado y los comerciantes, para todos, el hecho marcó -desde cualquier punto de vista que se le mire- brecha insalvable; dos de sus más caros componentes económicos y sociales, artesanos y comerciantes, se enfrentaban a muerte, y casi llegaron a destruirse mutuamente. En especial, mucho se tendrá que lamentar, y en esto concuerdan los especialistas económicos y sociales, la huida posterior de los hijos del imperio del káiser, quienes durante años y años ayudaron ¡y de qué manera! a contemporizar a la entonces parroquia de Bucaramanga. La clase dirigente extranjera había tomado cartas matrimoniales con lugareños y cruzado haberes con los nuestros sin detrimento de las partes ni acometidas dificultosas. Quizás el martirologio cristiano de los artesanos fue su propia perdición. Su excesiva puesta en escena de una vida sana y pulcra y familiar, que detesta toda jerarquía de lujuria y placer, les hizo recriminar en exceso los gustos del otro. Los reos de la Pico de Oro, desde la cárcel de San Gil, escribieron una enorme y torpe defensa que a la postre no hizo más que condenarlos ante la opinión pública ya parcializada de por sí por el capital de los acusadores, donde injuriaban hasta a las obras de arte y desnudos que aquellos tenían colgadas en sus paredes.

Mario Acevedo Díaz va bien hasta cuando supone quiénes podrían ser los criminales de ese día nefasto. Su condición particular de clase no le permite una mirada abierta y por el contrario sesga su expectativa en la imputación. Acusación que también trabaja por la misma línea el juzgado delegado para el caso que condena a los acusados. Y entonces la defensa de los artesanos se convierte en un acto de heroísmo y causa perdida, un nadar a contracorriente. El tribunal se ha trasladado de Bucaramanga a San Gil, con el fin de lograr un buen clima, lejos de presiones políticas, pero se vio forzado por el mismo gobierno nacional de Colombia que, presionado por el gobierno alemán que pedía la pena última para los implicados en la muerte de sus súbditos, influenció a su gusto. De los acontecimientos iniciales no queda sino un suave rastro. Lo único que hace, con el tiempo, el traslado: es perturbar las pesquisas judiciales.

El coronel Estévez, causa de este embrollo, jugó en su vida a cuantas bazas quiso, y era un buen apostador. La última carta marcada y bajo la manga se la ha jugado a la Culebra Pico de Oro como su candidato estrella a las elecciones locales. Pertenecía, por cuna y derecho, a la más ilustre prosapia de comerciantes y terratenientes de la ciudad, pero se le dio por juntarse con los artesanos para las elecciones que se avecinaban. Era su candidato principal, el más sobresaliente. Murió de un disparo que le hicieron en la noche y de lejos en pleno atrio de San Laureano días antes de la votación municipal y nunca se esclareció quien o quienes fueron sus asesinos. Sus deudos políticos y sociales que estaban como sus enemigos en las urnas, asistieron en masa a su sepelio. En una de esas, en pleno acto litúrgico, a uno de los del Comercio le dio por gritarle a Valenzuela: “¡José María, Cecilio te mata...! ¡Cecilio te mata!” y José María Valenzuela ni corto ni perezoso -dicen que lo dijo en el juzgado- pensó que Cecilio Sánchez venía en contra suya con una daga escondida bajo la manta para asesinarlo ante la mirada de los feligreses, asunto por lo demás improbable e increíble -esto del ataque a mansalva de Cecilio sobre Valenzuela-, pues en Santander los crímenes se cometen con el pecho en alto cuando personales, y de frente y avisando al aludido e invitándole a la pelea y a destajo o de cerca cuando políticos; nunca a escondidas; nunca traicioneramente ni por la espalda y mucho menos cuando se trataba de un personaje público reconocido como José María Valenzuela. Y más si el presunto aludido como criminal, Cecilio Sánchez, es un empleado de menor rango del gobierno; soltero, que vive en casa con su madre, y con el módico sueldo oficial mantiene la familia y está a punto de contraer matrimonio. A todas luces Cecilio Sánchez es un buen muchacho. Valenzuela le metió un balazo y éste

moribundo le perdona. En su declaración dice que: en ese preciso momento, cuando oyó los gritos de D'costa el amigo de José María Valenzuela que le instaba a la defensa, él se encontraba amarrándose una de las alpargatas muy cerca de su agresor inocente de todo acto criminal.

A Cecilio se le procesa causa como intento de homicidio en cambio a José María Valenzuela que sí cometió un crimen, nada ni nadie lo llama a juicio ni se le formulan cargos. El juzgado de San Gil desvió su atención sobre los muertos alemanes.

De los muertos de los días siguientes, dos efectivamente, son alemanes. La embajada del imperio a través de su encargado remitió noticia a su cancillería y éste obligaba a la ciudad de Bucaramanga en el gobierno nacional a resarcir económicamente a las víctimas y declarar día cívico con parada militar, himno alemán, redoble de tambores, veintiún cañonazos e izada de bandera negra, roja y amarilla con el águila bicéfala, como desagravio. El pueblo no salió ese día a la calle. Pedro Gómez Valderrama en "la Otra raya del tigre" cuenta que ese día después del frustrado intento de homenaje a la bandera alemana, solo se vio un niño tocando su tambor de hojalata, daba vueltas alrededor del asta en el desolado paraje, acompañado por ráfagas de viento que ocasionalmente levantaban papeles sucios del suelo a su paso.

Mario Acevedo Díaz, (que era de profesión médico) como escritor en otra fase de su vida intelectual trató sobre la vida y costumbres del pueblo Guane. Es uno de los estudiosos más congruentes con la época y el tema. A él se debe, junto al también médico Martín Carvajal Bautista, la creación del Museo de textiles y cultura Guane en la ciudad de Bucaramanga, situado en la Casa de Bolívar. Dentro de sus ancestros parece haber alguna vena que tirara a la cultura aborigen; sus conceptos son sabios, expuestos están para consulta en sus obras... así como las de su familiar, el cura Isaías Ardila Díaz, otro gran conocedor del tema; si bien el cura bandolea hacia la clerecía y la derecha, Mario se mantiene en la línea del investigador. Entre ambos han escrito los mejores y más selectos documentos de nuestra historia aborigen. Han contribuido, cada uno por su lado, al desarrollo contemporáneo de una mirada histórica; Mario desde la Casa de Bolívar y la Academia de Historia e Isaías desde el Museo Guane que fundara; y entrambos, desde sus ensayos literarios.

Mario Acevedo Díaz pasa los años de su infancia en la ciudad de Zapatoca. Luego viene a vivir junto a su familia a la ciudad de Bucaramanga. Todos sus hermanos y él mismo, o casi todos, fueron mandados a las mejores universidades de Estados Unidos a continuar sus estudios y regresaron a la ciudad que los acogió para continuar labores profesionales. Debe recordarse aquí que su madre, altruista como ninguna, donó terrenos importantes para construcción de colegios, entre ellos uno de media manzana en pleno centro de la ciudad, hoy constituido en parqueadero y de valor incalculable que debe estar en manos privadas y con destino evidente diferente a la voluntad de la donante.

El general Wilches, enterado de la noticia de los sucesos de Bucaramanga, se viene al otro día acompañado por una gran guardia desde el Socorro, capital del Estado Soberano de Santander, para apersonarse de los acontecimientos y poner algún orden en el asunto. Pero acobardado él -al que llamaban "El León del Norte"-, en lugar de defender la autoridad legítimamente constituida sucumbió al encanto de sus amigos y mando a encarcelar al prefecto de la



ciudad y toda autoridad legítimamente constituida. Así, la ley, fue a parar a la cárcel. José María Valenzuela no fue tocado en persona, entre otras cosas, porque escapó por la vía a Piedecuesta para jamás volver a la ciudad y jamás fue encarcelado por su crimen. La acusación de los jueces recayó en la búsqueda de penas para los asesinos de los ciudadanos alemanes y la muerte del local, señor Cecilio Sánchez, jamás fue tenida en cuenta o analizada jurídicamente y mucho menos cobrada. Las presiones de la sociedad y el estado colombiano requerían acciones rápidas para quedar bien parados ante el gobierno alemán e hicieron lo imposible para que los abogados se encandelillaran en buscar culpables a los crímenes que a ellos les favorecía investigar. Pescaron a cuanto artesano aparecía, los metieron al rancho del reo estandarizando el gremio como criminal, mientras en el Club del Comercio los extranjeros comentaban preparar maletas y junto a los comerciantes, bebían fino licor acalorados en el debate de los sucesos del siete y ocho. Wilches tuvo el deshonor de sucumbir a la magia del poder fáctico. Su labor consistía en hacer encarcelar a los criminales sin distinción de credo, raza o posición social y solo tomó a los de un bando, a los artesanos. Su deber como gobernante le obligaba en creer en la autoridad y respaldarla, pero en su lugar, inclinó la cerviz ante la carta guerrera y bravucona que le hiciera llegar el grupo de señores de elite encabezados por David Puyana en la que le aseguraban que si él, como presidente del Estado Soberano de Santander, no restablecía el orden perdido, ellos lo harían por su propia mano con un ejército constituido para la ocasión por voluntarios ya reunidos en sus haciendas y campos. El extranjero más cauto, Lengerke, prefirió ofrecer resistencia pacífica en su negocio, mantenerse al margen, y dos días después cogió camino al hogar en Zapatoca.



Cuentan que cuando el alemán iba saliendo de la ciudad por el camino de Girón, en la vía hacia Zapatoca, se cruzó con Francisca la novia de Cecilio Sánchez que iba al cementerio a rezarle. Meses después la haría su amante. En el esplendor de la quina la llevó Europa, allí estuvieron por seis meses paseándose por Italia, Francia y Alemania; en Roma le hizo el amor en la iglesia de San Pedro, en el Vaticano, bajo la gigantesca estatua del apóstol San Lucas; en la campiña italiana, dentro de un carruaje que, detenido por un accidente en la vía permitió a los sorprendidos paisanos de a pie contemplar la escena cuando Francisca y el alemán se corrían hasta que a Lengerke no le quedó otro remedio que echarlos a gritos mientras Francisca se subía atropellada los dos metros de falda fina comprada en Milán. A Francisca, Lengerke la trató como una reina. La llevó a los mejores restaurantes del mundo en Praga, en Viena; a los más estupendos teatros y clubes privados de Europa y, en París hizo cerrar un cabaret solo para disfrute de ellos dos, pagó un espectáculo, donde dos mujeres desnudas hacían el amor para su deleite mientras ellos recordaban en sus cuerpos las compulsiones del tigre.

Para su juicio último, Mario Acevedo Díaz, que presenta en su libro extraordinarios documentos originales expedidos por la autoridad judicial de San Gil y la tesis completa de la inicua pastoral de la autodefensa de los artesanos, ha tomado partido ya y sacado conclusiones aun antes de emprender la tarea literaria de escribir los textos. Así no hace sino reordenar sus pensamientos en un acto creativo para confirmar su tesis que salva sus preferencias políticas, culturales y de clase, condenando a los artesanos de la Culebra Pico de Oro. Quizás, y obedeciendo a las sabias palabras emitidas por el escritor Manuel Serrano Blanco sobre el tema, tendremos que esperar otros cuantos años más para dilucidar algo con cabeza fría sobre los sucesos del siete y ocho; pero es posible que se nos esté haciendo tarde para tal arrimo. Los historiadores escurren el bulto con sus teorías bucólicas y abstractas. Y sea como sea y piénsese lo que se piense, todos dilapidamos algo de nosotros mismos en aquellos nefastos días del 7 y 8 de septiembre de 1879 en los que los hechos luctuosos se manifestaron plenos en nuestra conciencia social, hoy hacen parte de nuestra identidad cultural e historia patrimonial.

Gómez Valderrama y Mario Acevedo Díaz concuerdan en afirmar que la creación de la Culebra pico de oro

es obra de los gobiernos radicales que quieren, por medio de la asociación de los menos favorecidos, cambiar las reglas de juego de la producción nacional, crear grupos sectoriales de votantes fuertes y propiciar una especie de contención social para el caso que la iglesia y la derecha se tomen demasiado vuelo en los territorios de la república. Los alemanes llevaban varios años en las tierras de Santander; Lengerke, el primero, había llegado en el año 52, contando 25 años de edad, atraído al paisaje americano por sus conversaciones ocasionales con el sabio y libertino Humboldt, y, quizás, también, huyendo de la muerte ejecutada en un marido celoso que en justo duelo mandó a mejor vida en su natal Bremen. Radicado en Santander invitó a sus compatriotas, familiares y amigos a que vinieran a su imperio, y hasta su propio hermano Emil lo acompañó en las faenas industriales y empresariales que le tomaron toda la vida. Creó una colonia alemana sólida que se desmanteló, de apuro, después de los sucesos del siete y ocho. La decisión del imperio de imponer sanciones drásticas a una ciudad como Bucaramanga, que no tenía por qué pagar los platos rotos de las confrontaciones sociales y políticas de una nación desparramada en luchas intestinas y parricidas, nunca la respaldó; en su intimidad, el resarcimiento le pareció excesivo y antilógico. Entendía que en el territorio dominado por el tigre, los ciudadanos se encuentren en constante zozobra y miedo: hijos de una constitución recién parida, viven en una patria dividida en estados soberanos, con leyes y costumbres propias, que hay que defender y donde el guiño cínico y letal del ojo de la muerte, crudo, ágil y permanente hace saltar las chipas de la confrontación en cualquier giro leve o inesperado del destino. Lengerke falleció. Al momento se encontraban con él reunidos sus amigos. Conocida la noticia, el general Solón Wilches, presidente del Estado Soberano de Santander, decretó honores al alemán con retretas en todos los pueblos de Santander donde él había colaborado con sus caminos e industrias; las gentes del gran estado soberano pudieron ver cómo se reunían bajo las alas bicéfalas del águila multiplicada a medida que descendía del cielo con banderas transparentes en su pico y sin himnos ni consejas ni artilugios, en el centro de las plazas públicas municipales: un chorro de bombardeos celestes. Miles de ángeles, bellos y despóticos, representaban la tetralogía “El anillo del nibelungo” de su amigo Richard Wagner en los teatros de ópera construidos para la ocasión en el firmamento de los cielos acompañados de ninfas de los lagos, desnudas, untadas de gelatina cremosa y pastillaje; mientras, su madre, apareció en escena desplegando un carrete de nylon que sumaba millones y millones de kilómetros que pendía de las alturas y entre manifestaciones de júbilo ciento cuarenta mil ángeles de los allí reunidos y trece ninfas cargaron al alemán, lo depositaron dentro de un carro descubierto raptado al negro abismo; ataron el carro a las muchas puntas de los nylon que se desplegaron automáticas de algo que lo jalaba desde de arriba; y, entonces, ascendieron con el difunto a un lugar recóndito al fondo de los infinitos. Mefistófeles le sonrió, sentado sobre una nube blanca y lechosa, cuando el alemán pasó por su lado; Goethe y Schiller tomaron el relevo para acompañarlo hasta su última morada en los altos de las duras breñas de Zapatocha, para su última faena.

Carlos Eduardo Omar



<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/historia/corim/corim5b.htm>

<http://www.siceditorial.com/ArchivosObras/obrapdf/LOSPICODEORO352005.pdf>

[Video: La Culebra Pico de Oro](#)